

“Y LA SALUD NACIENDO DE LA HERIDA”
ELEGIR LA VIDA: CAMINO Y SIGNO DE CRECIMIENTO
ESPIRITUAL¹

Rosa Ruiz Aragoneses

Sumario: En medio de esta pandemia mundial, ante algunos síntomas de “enfermedad” en la Iglesia y, concretamente, en la Vida Consagrada, proponemos recuperar la salvación como salud o sanación integral. Para ello, nos dejamos conducir por la mujer hemorroísa y la propuesta salvífica de san Ireneo de Lyon: personas heridas que no se rinden y siguen buscando; creados a imagen y semejanza, llamados a un continuo crecimiento como signo de la acogida del Espíritu Santo en nuestra vida. La salvación nace de la herida, de la propia debilidad asumida y entregada para ser plenificada y sanada.

Summary: In the midst of this global pandemic, faced with some symptoms of “illness” in the Church and, specifically, in Consecrated Life, we propose to recover salvation as health or integral healing. To do this, we let ourselves be led by the bleeding woman and the salvific proposal of Saint Irenaeus of Lyon: we are wounded people who do not give up and continue searching; created in the image and likeness, called to continuous growth as a sign of the acceptance of the Holy Spirit in our lives. Salvation is born from the wound, from one’s own weakness embraced and given to be fulfilled and healed.

Palabras clave: salvación, salud, Ireneo, crecimiento, Espíritu

Key words: salvation, health, Irenaeus, growth, Spirit.

Fecha de recepción: 13 de noviembre de 2020

Fecha de aceptación y versión final: 31 de enero de 2021

*Y así dijo el Señor: “¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena”.
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.*

Una de las certezas que la comunidad cristiana ha transmitido desde los inicios es el poder sanador y salvador de Jesús: “sus heridas nos han curado”, dice 1Pe 2,24, retomando la tradición del Siervo en Is 53,5.

¹ *Prolusio. Lección inaugural del curso 2020-2021*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (ITVR), Madrid, (pronunciada el 24 de septiembre, 2020).

No creo que nadie niegue que esta opción cristológica por la vida y por sanar lo herido forma parte intrínseca de la vocación y misión cristiana, porque es parte de Cristo: hace suyas las dolencias humanas y carga con ellas para sanarlas, no para negarlas, minimizarlas o culpabilizar por ellas. En definitiva, las asume para dar vida (cf. Mt 8,17; Jn 10,10; Mc 2,17; Lc 4,18-19. 5,17; Hch 10,38)².

La situación mundial actual nos habla de enfermedad. Todos los gobiernos del mundo, con sus respectivos equipos científicos, buscan hacer frente a un mismo virus. Algo impensable hace solo un año.

Por otro lado, la Vida Consagrada (VC³) vive sus propias heridas -como hacemos todos-. Una de ellas nace de las consecuencias voraces de la pandemia en carne propia, puesto que somos población de riesgo por la media de edad y por la forma de vida comunitaria que en muchos casos implica vivir haciendo cosas juntas o al menos a la vez.

Hay otras dolencias, creo que más importantes, que son heridas y males eclesiales previos que nos aquejan: “individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas” (GE 134). Podríamos añadir una sintomatología propia: falta de vitalidad apostólica, repliegue de posiciones, menor visibilidad, mayor fragilidad, dificultades intergeneracionales e interculturales, problemas para gestionar la autoridad y la obediencia de manera evangélica y acorde con los tiempos, abusos de poder y de conciencia⁴, carencias afectivas y fraternas no siempre bien cubiertas, y lo que Francisco ha llamado “la hemorragia que debilita la VC y la vida misma de la Iglesia”⁵: es decir, los muchos abandonos⁶.

Podría enmarcar esta breve exposición en la VC *postCovid* y en las llamadas que podemos estar recibiendo como signo de los tiempos. De hecho, no son pocos los escritos, columnas y opiniones que circulan sobre este tema. Pero no quisiera centrarme ahí: ni en la herida mundial de la pandemia, ni en la herida vital de la VC, reflejo de una herida eclesial mayor, sin duda. Quisiera reflexionar sobre la vida y sobre la salud. Dicho de otro modo, sobre la salvación. No olvidemos que etimológicamente es la misma raíz la que expresa salud y salvación⁷. ¿Por qué no recuperar la salvación como salud y una salud integral, orgánica, siguiendo la tradición bíblica?

² Cf. E. ESTÉVEZ, *Mediadoras de sanación. Encuentros entre Jesús y las mujeres: una nueva mirada*, San Pablo-Comillas, Madrid 2008, 163-169.

³ A partir de ahora nos referiremos a la Vida Consagrada como VC.

⁴ Cf. A. LABAJOS, “No os llamo siervos; sois mis amigos” (Jn 15,15). Abusos de poder y de conciencia en la Vida Consagrada”: *Pliego Vida Nueva* 3191 (12-18 septiembre 2020).

⁵ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida apostólica*, Ciudad del Vaticano (28-1-2017).

⁶ Asunto que preocupa tanto a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica que ha provocado un reciente documento con orientaciones llamado *El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2020. En su número 2 recoge la expresión de Francisco, “hemorragia”.

⁷ Cf. G. W. H. LAMPE, *A Patristic Greek Lexicon*, Clarendon Press, Oxford 1961, 1751; H. G. LIDDELL AND R. SCOTT, *A Greek-English lexicon*, Clarendon Press, Oxford 1996, 1369.

1. Una salvación que nos sana enteramente

1.1. Palabras saludables para expresar la salvación

La salvación se expresa con diversos términos en el AT, todos ellos tomados del ámbito profano, aplicando su uso cotidiano a la experiencia que el pueblo tiene de Dios. No sólo se habla de sanar; utilizan otras expresiones como librar, liberar de algo o de alguien, preservar, rescatar⁸,... Y una última acepción que me parece especialmente sugerente:

- YS' (*Jasa*) = etimológicamente, significa “ser espacioso, amplio, dar anchura”⁹. Es la misma raíz de Jesús, Isaías, Hosanna... Esa sensación de respiro hondo del salmista: “En el aprieto me diste anchura/salud/salvación” (Sal 4,2; cf. Sal 18,20).

En el NT, *Sotería* (Σωτηρία) es el término más usado. Su uso profano implicaba una acción dinámica de protección, generalmente de parte del rey o de una persona con especial poder. De ahí que su significado se relacione con recibir la ayuda de alguien que te reporta seguridad, protección, salud.

En resumen, querría resaltar tres aspectos bíblicos comunes a la salvación:

- Aunque algunos de los términos se centran en una acción realizada, los más importantes y significativos implican siempre relación personal. Por tanto, de un modo u otro, siempre afecta a la persona completa, no a un área o una única dimensión.
- Mientras que la justificación o redención se centra en una acción pasada que se intenta remediar (el pecado, una deuda pendiente...), la salvación se centra en el futuro (promesa, vocación...), en ofrecer un horizonte para la persona por dañada, enferma, afrentada o debilitada que esté¹⁰.
- En los evangelios, una vez que se toma el término del ámbito profano, sólo se aplica a Dios como sujeto, nunca a las personas. Aunque quien recibe tal acción tiene que colaborar o poner de su parte, nunca refleja puro mérito humano, sino don de Dios que, al recibirse, pone a la persona en una situación nueva. Te capacita para recomenzar.

⁸ Aunque abre un tema diverso del que aquí nos ocupa, otro término precioso es *Goel* (= defensor, redentor). Proviene del derecho familiar y era la acción legal por la que el pariente más próximo venga alguna afrenta grave, recobra bienes arrebatados... En definitiva, es el pariente más próximo que se hace cargo de nosotros cuando necesitamos justicia, ayuda. Yahveh es nuestro *goel*, nuestro pariente más próximo.

⁹ Cf. D. ALEXANDRE, *Dame a conocer tu nombre (Gn 32, 30): imágenes bíblicas para hablar de Dios*, Sal Terrae, Santander 1999, 71.

¹⁰ En este sentido se utiliza más *Lyo* (desatar, tanto para las sandalias como situaciones vitales), *Lytron* (el rescate a pagar para recobrar un prisionero de guerra o levantar la hipoteca de un esclavo).

1.2. *La salvación que sana*

Es ésta una clave muy propia de los Padres de la Iglesia, cuando la reflexión teológica tenía todo el vigor de los inicios, toda la libertad de quienes piensan sin los límites del dogma y de los primeros concilios, toda la imprecisión de la intuición y del amor que brota en cualquier relación honda. ¿Y qué es el seguimiento de Cristo, más que el regalo de una relación personal que nos lleva, por amor, a cambiar incluso de vida?

Hay una teología primera, especialmente en el siglo II, de la mano de Justino, Ireneo, Tertuliano... sobrecogidos por la desproporción del don de Dios: su amor incondicional para con nosotros es tal, que el mismo Hijo de Dios toma nuestra misma carne. Ahora bien, no es un optimismo ingenuo; saben que el pecado -la herida- también forma parte de lo humano y de cada uno de nosotros, pero eligen poner el foco en la salud, en la salvación. De entre ellos quisiera resaltar a San Ireneo de Lyon, a quien se dedicó el año 2020 en la diócesis que le acogió como obispo.

La redención -respuesta de Dios a una humanidad pecadora- no queda desdibujada. Pero expresa sin dudar que no es el punto de partida primero. Sólo es un segundo momento. Es la concreción histórica de la salvación para esta humanidad a la que Dios tanto ama y que, de hecho, es pecadora. Ahora bien, si no lo fuera, la esperaría y la curaría igualmente. Porque esa es la vocación más honda del ser humano: creados a imagen y semejanza de Dios para llegar un día, libre y amorosamente, perfeccionados (no perfectos), crecidos, plenos hasta el mismo Dios.

Con este marco, ¿cuál es nuestra propuesta? Retomar este mismo camino para mirar hoy a la VC (y la vida de cualquiera de nosotros) y sentirnos enviados a elegir la salvación que se nos ofrece:

- Con la hemorroísa: elegir la vida reconociendo la hemorragia
- Con Ireneo: elegir la Vida que nos va consagrando

Por último, desde estas dos claves, propondremos la llamada a crecer desde la salud como camino espiritual.

2. **Con la hemorroísa: elegir la vida reconociendo la hemorragia**

2.1. *Una mujer enferma*

Esta mujer llevaba enferma muchos años (pongamos cada cual la "enfermedad" que queramos, todo aquello que nos arrebató la salud, la felicidad, el equilibrio, la armonía, el bienestar...) Llevaba años buscando curarse de mil formas (no estaba resignada) y todas habían fracasado, no habían dado resultado.

Iba perdiendo sangre (es decir, vida) pero además le era inaccesible algo que cualquier mujer del siglo I en la cultura mediterránea necesitaba garantizar: procrear, dar vida¹¹. Es una situación terrible. A veces, quizá no caemos en cuenta de lo vinculado

¹¹ Cf. E. ESTÉVEZ, *Mediadoras de sanación*, 149-150. Con mayor profundidad, en su tesis doctoral: *El poder*

que está irse debilitando con dejar de dar vida o de ser cauce para que nazca vida nueva. Dicho de otro modo: cuando enfermamos (perdemos salud global, bienestar, armonía), no sólo padecemos el propio deterioro vital sino la posibilidad de ser vida para otros.

Esta mujer es un buen ejemplo de salud integral: hay un dolor corporal o fisiológico, otro psicológico por limitante, otro social y religioso porque lo que se espera de ella (“un vientre que ha de ser fecundado”) y le es imposible realizar. Esta mujer vive con la carga añadida de una voz que le dice: no eres nada, estás mal hecha, eres un error.

También en esto podemos vernos reflejados en la Iglesia y la VC actual. Ojalá que atender nuestra particular *hemorragia* o debilitamiento no responda principalmente a una preocupación por nuestra propia muerte o esterilidad (*si el grano de trigo no cae en tierra y muere...*) sino a estar siendo infieles a nuestra principal vocación: dar vida, dar la vida siguiendo a Jesús.

2.2. Un encuentro sanante

Esta mujer anónima, cuando estaba a punto de perderlo todo, decidió acercarse a Jesús, a la desesperada: “*Solamente con tocar el borde de su manto, seré sanada*”, se dijo. Y allá fue: intentó escurrirse entre la multitud que rodeaba a Jesús, sobrepasando incluso a sus más cercanos... hasta lograr tocar su manto por detrás... Su deseo y su decisión atentaba contra lo políticamente correcto, contra la norma social y religiosa.

Además, es un relato muy contracultural en tiempos *Covid*. Si hubiera sido hoy, podemos imaginarla con mascarilla; la gente no estaría tan agolpada porque Jesús ya se habría encargado de decirles que sean prudentes y se cuiden unos a otros. Y, seguramente, ella habría hecho lo posible por acercarse así, discretamente, por detrás, minimizando el riesgo de contagio, pero asegurándose de rozar siquiera las borlas del manto. ¡Y cómo sería aquel encuentro para que el mismo Jesús sintiera que algo muy íntimo suyo había sido tocado, que había dejado salir de sí una fuerza especial!

En medio del barullo y la confusión, aquella mujer sintió también, en lo más íntimo, que la fuente de su mal, esa raíz interior de todos nuestros males que en algún momento de la vida todos tendríamos que poder nombrar, perdía fuerza y se serenaba en su misma entraña. El relato dice que sintió que estaba curada/salvada en su cuerpo.

Como hemos dicho, la capacidad sanadora de Jesús está fuera de toda duda como elemento histórico de su caminar terreno. Quizá sea el rasgo más indiscutible de Jesús para los exegetas, junto a la capacidad para expulsar demonios. Pero este relato aporta algo distinto: la mujer toma la iniciativa viendo a Jesús, se hace cargo de su propio mal, lanza un posible diagnóstico y su correspondiente terapia (*si consigo tocar siquiera su manto, seré sanada/salvada*). Según el texto griego, nuestra mujer tiene claro qué parte depende de ella: el primer verbo se conjuga en condicional activo y el segundo, la consecuencia, en pasiva. Ella es consciente que hay un primer paso que sólo ella puede dar, libre y decididamente; y con la misma convicción sabe que será sanada porque esa fuerza sólo proviene de Dios, de Jesús. Y así se da el “encuentro”.

de una mujer creyente. Cuerpo, identidad y discipulado en Mc 5, 24b-34. Un estudio desde las ciencias sociales, Verbo Divino, Navarra 2003, especialmente 282-429.

Me pregunto si nuestro modo de vivir permite encuentros de este calibre. Me pregunto si en los últimos meses, marcados por la experiencia del confinamiento en diversas formas, hemos experimentado algún “contacto” personal sanante. Pudo ser un encuentro físico o quizá más creativo aprovechando el teléfono, videoconferencias, miradas expresivas, gestos de balcón a balcón... En cualquier caso, esta mujer y Jesús nos recuerdan que no hay circunstancia externa que impida generar encuentros profundos y que sólo cuando nos tocan en lo más hondo, se convierten en cauces de vida y sanación. Lo mismo podríamos decir respecto a la VC, *nuestra querida hemorroísa* de hoy: débil, impura para muchos de sus contemporáneos, irrelevante para otros, pero en lucha por no morir, por agarrarse a la vida y parar la hemorragia. Ojalá también podamos decir que es una VC en lucha por no dejar de ser vida para el mundo. Para *este* mundo, no hay otro. Y que sabe que el encuentro real y hondo con el Otro y con los otros es el camino que se nos propone.

Esa mujer era una buscadora de vida, una luchadora... Alguien que creyó en el encuentro personal por encima de normas sociales y de formalismos. Y quedó sana. Marcos nos cuenta que Jesús la llamó: “hija”. Es decir, pasó de ser *una mujer* (Mc 5,25) a ser *hija* (Mc 5,34), discípula. La salud/salvación no sólo tiene consecuencias personales e interiores; también nos sitúa de un modo nuevo, nos regala nuevas pertenencias, nuevos estatus y nuevas relaciones. Ella quedó incorporada a una nueva familia, la de Jesús.

No sabemos cómo siguió viviendo después... Pero intuyo que cuando te sientes sana/salvada y te sabes agraciada y lleno de vida, intentas compartir esa fuerza recibida con otros. Sin más. Sin méritos ni grandes hazañas. Con una alegría serena, a veces gozosamente, otras con dificultades, pero sigues caminando y dando vida. O al menos, estás en disposición de ser fecunda, algo que para esta mujer -no lo olvidemos- era imposible debido a su propia debilidad interior.

2.3. Desde nuestras particulares hemorragias

Me parece que podemos encontrar ciertos aspectos comunes entre la hemorroísa y la VC, que nos ayuden a seguir caminando y ¡viviendo!:

- *No se rinde ante la “hemorragia vital” ni tira la toalla.* No se deja morir dando gracias por tanto bien hecho a lo largo de su vida, aunque sea cierto. Sigue buscando modos de sanar, de salvarse. Y para eso, previamente, hay que tener el valor y la lucidez de reconocer el propio mal e identificar la hemorragia.
- *Es buscadora, no buscona (o buscón¹²).* Todos distinguimos intuitivamente la diferencia. Hay gente que tiene una actitud de búsqueda en la vida y, por tanto, duda, retrocede, avanza, cambia... Otra gente va por la vida buscando el mejor lugar, la mejor posición, la relación que le de prestigio,

¹² Lo tomo en masculino para no crear confusión. Si vamos al Diccionario de sinónimos, *buscón* es “quien hurta rateramente o estafa” pero en femenino significa primeramente “prostituta”. Un ejemplo más de cómo hay un *filtro de género* en tantos ámbitos de nuestra vida. Aquí el significado que queremos enfatizar es el de alguien que busca su propio interés a cualquier precio, aun con engaños o estafa.

el discurso buenista... y por eso, también, duda, retrocede, cambia, pero no avanza. Y menos aún hacia Dios.

- *Libre, no libertina.* Otra diferencia sutil. Esta mujer sabía que no era políticamente correcto tocar a un hombre en público y menos aún a un Maestro reconocido, rodeado de sus “fans”. Es libre para soportar las miradas, las críticas y las barreras sociales o culturales. Pero no le mueve un interés egoísta, imprudente, mentiroso... De hecho, cuando Jesús pregunta quién me ha tocado, da la cara. No se esconde. No confunde la libertad de pedir ser tratada como una persona adulta con el libertinaje superficial de aprovechar dobles vidas o rendijas sociales para su propio aprovechamiento.
- Intuye que la fuente de felicidad y serenidad mayor *no viene de ella sino de Otro* que se la regala. Quizá de ese deseo hondo viene la fuerza para colarse donde haga falta. El fin es entrar en relación con Jesús. Ese contacto, esa relación personal tan íntima que hasta rodeados de una multitud sentiríamos, nos sana. Nos salva. Y sobre esta dinámica relacional Ireneo puede iluminarnos.

3. Con Ireneo: elegir la vida acogiendo la acción de Dios

3.1. Una mirada ireneana al proyecto salvador de Dios

San Ireneo, obispo de Lyon, Padre de la Iglesia del siglo II. Su origen se sitúa en Esmirna, donde pudo ser discípulo de Policarpo, en la escuela de Juan, el evangelista. Recuerdo estos datos para situarlo en un contexto cultural más cercano a la mentalidad asiática-hebrea que a la romana-griega. Aunque eso no impidió que al ser enviado a Roma y después a Lyon, en las Galias, se preocupara de formarse en la filosofía, la retórica y el pensamiento analítico propio de esa cultura. Sin embargo, su modo natural de razonar y comprender es global, más orgánico u holístico, como decimos ahora. Tiene claras algunas claves y sobre ellas construye su teología. Para muchos, es el primer *teólogo* propiamente dicho.

Hoy sólo quisiera centrarme en lo que nos ocupa: el crecimiento como dinamismo humano por creación y, por tanto, como signo de madurez espiritual y humana. Es la única respuesta que Dios nos pide. Lo demás le pertenece a Él. Es don y tarea.

¿Cómo entiende Ireneo el crecimiento o progreso humano y en qué medida tiene esto algo que ver con la salud, con la salvación?¹³

3.2. Sin crecimiento, no hay salvación

La salvación es don de Dios y sólo de Él proviene. Cierto. Ahora bien, la salvación cristiana no es automática ni solipsista; requiere la respuesta libre del salvado, del

¹³ Lo tratamos con más amplitud en “Cuando crecer salva. Sentido salvífico del crecimiento de la humanidad de Jesús: una perspectiva ireneana”: *Scripta Theologica*, vol 52 (2020) 433-361.

ser humano y ésta pasar por crecer. Por dos razones principales: por un lado, porque solo Dios es Dios y por otro, porque Él ha querido que nada se haga sin nuestra libertad. Veamos esto brevemente.

El ser humano no es Dios. Parece simple y, sin embargo, olvidarlo o no aceptarlo está en la raíz del pecado original, de nuestro pecado humano:

Dios hace y el ser humano es hecho ... el hombre que se encuentra en Dios siempre irá creciendo hacia él. Pues ni Dios deja nunca de beneficiar y enriquecer al ser humano, ni éste deja de recibir de Dios sus beneficios y riquezas (*Adversus Haereses* IV 11,2)¹⁴

Crecer hacia Dios es la vocación más honda del ser humano en el pensamiento de Ireneo. Y creo que recuperarlo nos aportaría una espiritualidad muy sana y muy sanadora. Sana porque nos devuelve una imagen de nosotros mismos amable y realista, vacuna para nuestros afanes ególatras o nuestras autoestimas quebradas. Sanadora porque implica que la salud es horizonte creacional para toda persona, sin excepción y que ninguno de nuestros errores, despistes, maldades... nuestro pecado, en definitiva, pueden eliminar tal promesa: la comunión con nuestro Creador¹⁵.

Si esto es así y fuimos creados para la comunión plena con Él, llegar a ser verdaderamente lo que Dios quiso desde el inicio es la única tarea del ser humano y ésta solo puede llevarse a cabo con la paciencia libre y progresiva del que está llamado a ir creciendo.

De aquí la conocida imagen ireneana. Dios Padre nos crea modelándonos, dejando la huella de *sus dedos* en nosotros, en nuestro barro. Y lo hace con sus dos Manos: “esto es, el Hijo y el Espíritu” (AH IV Pr 4). No rehúye la materia, al contrario: es el Artesano o el Alfarero que bendice la obra de sus manos y ésta queda preñada de imagen y semejanza. Es la obra completa la que Dios acaricia y modela, esa mezcla de barro modelado y aliento vital (cf. Gn 2). Así, nunca separa Ireneo como sede de la huella divina en el ser humano, el alma, la mente o el espíritu. Es lo que él llama la “*plasis*”¹⁶.

Y este asemejamiento, en toda la teología patristica, pero de modo especial en Ireneo, es obra del Espíritu Santo, “Señor y dador de vida”, que nos nutre, embellece, acrecienta, perfecciona (cf. AH IV 38,3). Ireneo nunca habla de crecimiento espiritual como perfeccionamiento moralista para unos elegidos. Se trata, más bien, de crecer activamente en un dejarse hacer continuo, de manera integral, de manera que cada vez seamos más aquello que estamos llamados a ser. Primeramente, nosotros mismos, obra de Dios. Y cuanto más humanos, paradójicamente, más semejantes al Hijo, nuestra imagen, embellecidos por su Espíritu.

Precisamos de esta *creación continua* de Dios, de estar siempre “en sus manos” (AH V 1,3). Así, cuando Dios crea, también constituye a sus criaturas como “portado-

¹⁴ Citaremos esta obra, en sus cinco volúmenes como AH.

¹⁵ Cf. AH I 9,2; III 11,9; IV 14,2; IV 20,4; V 6,1... El listado de citas sería enorme, señal de lo asentada que se encuentra tal convicción en la teología ireneana.

¹⁶ Podríamos traducir “*plasis*” como “persona”, teniendo en cuenta que el término en sí sería un anacronismo para Ireneo. Pero sí expresa el conjunto integrado que somos cada uno de nosotros.

ras de su gloria” (AH IV 38,3). De ahí, la conocida frase ireneana: “la gloria de Dios es el ser humano viviente” (AH IV 20,7). El Dios de Jesús no es un Dios relojero que traza un engranaje más o menos perfecto y espera a que quebramos -a que enfermemos o pequemos- para vernos obligados a volver a sus manos reparadoras. El Dios de Jesús no abandona jamás la obra de sus Manos, el Hijo y el Espíritu. Y si caemos, enfermamos o nos quebramos, sus Manos siguen sosteniéndonos y reparándonos, esperando que libremente queramos tocar siquiera la orla de su manto.

3.3. *Dios nos salva/sana, Dios nos acrecienta*

De acuerdo: Dios nos salva. Pero, ¿cómo lo hace?: “El Espíritu de Dios con toda tranquilidad (*está comentando la experiencia de Elías y la brisa -ruah- en 1Re 19,11-12*) da vida y crecimiento al ser humano” (AH IV 20,10).

¿Qué espera Dios del ser humano para recorrer este camino? Me atrevo a responder centrándonos en un único texto de Ireneo de los muchos que podríamos citar: *Adversus Haereses* IV 39,2). Lo transcribo entresacando después 7 claves:

¿Cómo podrías hacerte dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu Hacedor, que, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huella de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto. Pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios (AH IV 39,2)

- A. **¿Cómo podrías hacerte dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo.**

Lo primero para crecer y perfeccionarnos hasta llegar a Dios es saber que somos humanos y querer serlo. ¡Cuánta falta nos hacer que la gente y nosotros mismos nos reconozcamos como cristianos y consagrados por nuestra calidad humana, por nuestra humanidad! Por otro lado, ¡cuánto bien nos haría que la VC no fomentara el deseo de inmortalidad! Es decir, la promesa e invitación de Dios es a vivir con Él para siempre, no a ser recordados como inmortales, a que nuestras instituciones cumplan muchos siglos y cuantos más, mejor. Como si fuera garantía de evangelio perdurar. ¿Lo es? Participar de la gloria de Dios es crecer en humanidad. Esos gestos cotidianos que quizá podríamos valorar más entre nosotros. Y, por supuesto, desterrar de nuestro entorno todo lo que suene a falta de humanidad, por mucho que se revista de generosidad, sacrificio, abnegación o religiosidad.

B. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu Hacedor, que, y de igual manera **obrará oportunamente** en cuanto a ti respecta.

Tu Artesano, tu Artífice hace las cosas a su tiempo. Fiémonos de Él. Cambiemos, quizá, nuestra relación con el tiempo. Si le dejamos, obrará en cada uno en el momento oportuno. Si le dejamos. Si establecemos nosotros los tiempos y deben ser iguales para todos en todo, difícilmente dejaremos actuar a Dios. Que no fuerza. Se queda a un lado sosteniéndonos, esperando paciente a que le dejemos marcar el ritmo. ¿Quién puede pensar que los ritmos de Dios serán los mismos para una persona que para otra? Más aún: ¿quién podría pensar que Dios da los mismos tiempos a los 24 años, a los 55 o a los 87? Bien, pues si Dios no lo haría, ¿cómo es posible que lo hagamos nosotros en nuestros horarios cotidianos? Para el descanso, para la recreación, para la oración, para el trabajo...

C. **Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen** según la cual el Artista te plasmó; **guarda en ti la humedad**, no vaya a ser que, **si te endureces, pierdas las huella de sus dedos**.

¿Cuál es la parte que nos toca a nosotros, además de este dejarnos hacer y no ponernos en el lugar de Dios? Poner en sus manos nuestra vida -el corazón en la mentalidad bíblica es el centro de la persona tanto a nivel afectivo como de decisiones y de identidad-. Pero no de cualquier modo: conservar el corazón blando y moldeable, sin perder la humedad (en Ireneo esta humedad es el Espíritu Santo, ya sea en forma de lluvia que fecunda los campos, de agua para la sed, de humedad para moldear o seguir recreando, etc). Me parece una imagen excepcionalmente bella y clara. Si de verdad creemos que Dios nos crea modelándonos y dejando su huella en nosotros, sólo nos pide que nos mantengamos dúctiles y frescos. No hay otra manera. Nuestra salvación/sanación se juega aquí también. Y no sé si en la VC somos conscientes de lo que nos jugamos al optar por ser una preciosa figura moldeada por Dios -de eso nadie duda-, pero tan acabada y segura en sí misma que ha dejado de ser blanda y húmeda. Repasemos cada cual lo seco y rígido de nuestra vida personal y de nuestras comunidades, criterios, decisiones, modo de relacionarnos con los de dentro y los de fuera, con la formación que establecemos para los más jóvenes... Es rígido lo que no puede modificarse, lo que es intocable, lo que transmite más sequedad que frescura, lo que se siente tan seguro de sí que no necesita recrearse o

remodelarse continuamente. Y así no hay crecimiento. No hay relación con el Artesano. No hay mucha vida.

D. Conservando tu forma subirás a lo perfecto.

Conservando tu forma, subirás a lo perfecto. Tu forma es el Hijo. Él es el molde o mejor aún, el modelo en el que fuimos creados. De tal manera que cuando el Padre nos mira, ve a Cristo. Ahora bien, esta forma tiene un nombre particular y personal en cada uno de nosotros. Porque cada uno está llamado a hacer ese camino de subida a lo perfecto, a lo pleno, a lo acabado, a la comunión con Dios. No a ser moralmente perfecto y menos aun espiritualmente perfectos. Ni es posible, ni lo pide Dios. Otra cosa es hablar de perfección como Ireneo: ser perfecto es ser plenos, acabados, es decir, haber hecho el camino de crecimiento que a cada cual nos toca hacer para llegar a Dios.

E. Pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, **te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro** (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12).

Y que no nos preocupe el lodo que cada cual ponemos a esa imagen, porque ese lodo forma parte del arte de Dios que somos. Somos una obra de arte revestida por dentro y por fuera con oro y plata. Cada uno de nosotros. Recuerdo en el noviciado cuando por primera vez escuché eso de *“Los vasos sagrados se deben confeccionar con metales nobles. Si se fabrican con metales oxidables o bien menos nobles que el oro, se deberán ordinariamente dorar del todo por dentro”* (OGMR 328). No lo entendí mucho, la verdad. Y muchos años después, Ireneo me ha ayudado a hacerlo. Dios, con sus propias manos, nos dora por fuera y por dentro. Somos más valiosos que un cáliz. Enfermos, bloqueados, dañados o no, estamos recubiertos de un material *noble*, ceñido por las mismas manos de Dios. Eso es ser ungidos por Dios, consagrados por sus Manos. Todos, desde la creación; después, por el bautismo. Y la VC, por vocación, *“vamos siendo consagrados”* (1Ts 5), si nos dejamos...

F. Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios **pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio:** hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana.

Lo único que nos pide Dios es que no nos endurezcamos ni seamos ingratos. Es decir, que no olvidemos quién nos hizo y para qué. Y lo agradezcamos. Alguien agradecido rara vez es soberbio o se impone a los demás o exige minucias para estar de buen humor. En nuestro caso, vivir con gratitud, dice Ireneo, ya nos salvaría de muchas de nuestras durezas. Son cosas tan simples que no podemos disimularlas en documentos capitulares o en programaciones comunitarias: o nos sentimos cómodos en casa y surgen conversaciones espontáneas en la comida o no; o saludamos con buenos días y un gesto fácil sin ceños fruncidos continuamente o no; o vivimos dejando vivir a los demás sin juicios ni miradas de sospecha por el pasillo o no... Y así... El endurecimiento de la VC hará que perdamos el arte y la vida dada por Dios. Y la VC sólo existe en los consagrados y consagradas concretos. Lo demás son solo papeles...

G. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir **tu fe y obediencia a él**, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios

En resumen: elegir la vida es elegir vivir dejando hacer a Dios, a su Espíritu creador. A nosotros solo se nos pide esa apertura de la fe, que es libre o no es. Y la obediencia del amor. Entonces, recibiremos su Arte, su vida... y creceremos porque iremos asemejándonos cada vez más a Dios, es decir, entrando en una comunión cada vez más estrecha con Él. Eso es la perfección. Y no otras cosas que nada tienen que ver ni con lo humano ni con lo divino. Fe y obediencia que es tanto como decir, amor y libertad. Dos criterios sencillos: ¿estoy creciendo en la vida espiritual? ¿Soy más libre que cuando comencé?, ¿amo más? Y si tenemos dudas porque, a veces, con el paso del tiempo, nos vamos mimetizando tanto con un lenguaje y un razonamiento religioso que nos impide vernos con claridad, entonces preguntemos a alguien cercano, a un vecino (si tenemos relación con alguno), a un familiar, a un amigo.... Y dejémoslos decir si nos perciben como personas libres que aman y se dejan amar.

4. Llamados a crecer desde la salud (o la salvación) hasta la vida definitiva

Terminemos como empezábamos:

*Y así dijo el Señor: “¡Vuelva la Vida, y que el Amor redima la condena!”
La gracia está en el fondo de la pena, y la salud naciendo de la herida.*

Sabernos enfermos o heridos, tanto personal como congregacional o eclesialmente, no nos hace peores ni nos aleja de Dios. Al contrario, puede ser el primer paso para alcanzar la sanación, la salvación. Seremos como la hemorroísa, que bien sabía cuál era su mal y no culpaba de la hemorragia a la sangre misma sino a sus entrañas que necesitaban curación.

También podemos quedarnos aletargados lamiendo la propia debilidad. No es lo que hizo la mujer hemorroísa, que no tiró la toalla, siguió buscando y eligiendo el borde de quien merecía la pena tocar, a pesar de todo. Tampoco es propio del ser humano que se sabe criatura, «arte en las manos de Dios», como decía Ireneo. Quien vive abierto al Espíritu, dejando que este vaya apropiándose cada vez más de nuestra vida, crece en comunión con Dios, en semejanza con el Hijo, nuestra imagen. La señal de que crecemos en el Espíritu será que cada vez somos más humanos -más sanos-, más moldeables por Dios, menos secos y rígidos. Humanos entretejidos de Espíritu Santo, *ungidos, consagrados*. Como Jesús de Nazaret. En definitiva, elegir la vida es elegir vivir en el Espíritu: “No perdamos la vida perdiendo al Espíritu que nos posee” (AH V 9,4).

¿Y en qué podremos notar que su Espíritu nos va acrecentando-consagrando hasta llegar *crecidos/maduros/sanos* a la comunión con Dios?, ¿acaso es puro sentimiento subjetivo o íntima relación personal con Dios?:

...No sacó de Egipto (a los israelitas) a fin de que le ofreciesen sacrificios, sino para que, olvidando la idolatría de los egipcios, pudieran escuchar la

voz de Dios que les traería salud/salvación y gloria (...) También David dice algo semejante: ‘¿Cuál es el hombre que ama la vida y desea vivir días felices? Reprime tu lengua del mal, y tus labios para que no digan palabras engañosas. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y ve tras ella’ (Sal 34) (AH IV 17,3)

Podríamos parafrasear: no nos consagró Dios para ofrecerle sacrificios o la vida en holocausto. Al final eso suele darnos más soberbia y engreimiento espiritual que crecimiento y humanidad. Nos llamó para que escuchemos su voz; una voz viva que en cada momento de la historia y a cada persona llamada le habla de un modo.

Al final, estas señales o síntomas de salud/salvación, no son tan distintas de la definición clásica de Freud para definir a una persona sana. Él decía que es sano (integralmente) quien puede amar y trabajar. Quien sabe trabajar, asume su vida, aprende a gestionarse, sabe que las cosas no vienen solas, tiene que hacerlo en equipo antes o después, necesita descansar y guarda un equilibrio entre ambas cosas...Y quien sabe amar, genera vínculos personales mutuos, cuida de sí y del otro, dialoga empáticamente (es decir, puede ponerse en la piel del otro sin juzgar y a la vez saber cuál es su propia postura sin imponerla), conoce sus luces y sus sombras y de ambas aprende.

El amor redime siempre la condena. La salud nace de la herida. No miremos para otro lado. Merece la pena que vuelva la vida donde se haya debilitado. No solo por nosotros, que ya sería una razón suficiente, puesto que Dios nos quiere bienaventurados, sanos, felices, plenos. Sino porque, quizá, es la única manera de ser fieles a la vocación recibida de Dios y a nuestro propio ser creado y modelado por las manos de Dios.

En definitiva, la gratuidad de quien ama, elige obedecer siendo cada vez más él mismo. Y misteriosamente, así no haremos estéril su voluntad sobre el mundo, sobre la Iglesia, sobre la Vida Consagrada.